

AL PRECIO ÚNICO DE
UNA PESETA

LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA

OPRECE A SUS DISTINGUIDOS LECTORES
SIETE PRECIOSAS NOVELAS

Los hijos de nadie
El triunfo de la mujer
El prisionero de Zenda
El joven Medardus
Los enemigos de la mujer

DE LA BIBLIOTECA

Los Grandes Filmes

Ferragus (Los Trece)
El pago que dan los hijos
DE LA
COLECCIÓN DE OBRAS MAESTRAS

¡ÉXITO INCOMPARABLE!

E. VERDAGUER MORERA.—TOPETE, 16.—TARRASA

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

N.º 100

25 cts.



¿POR QUÉ
TANTA PRISA?

por
Wallace Reid

Biblioteca
de Catalunya



WALLACE REID, el artista de la pantalla que siempre vivirá en nosotros con el recuerdo de sus gloriosos lauros conquistados por su talento y su simpatía.

En ocasión del centenario de su publicación, LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA le rinde un modesto pero sincero homenaje dedicándole este número.

**LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA**

Redacción { Gran Via Layetana, 17
Administración { Teléfono 4423-A
BARCELONA

AÑO III

N.º 100

¿Por qué tanta prisa?

POR WALLACE REID

PARAMOUNT PICTURES CORPORATION

Concesionaria: Seleccine, S. A.
Ronda Universidad, 14 Entresuelo - Barcelona

PROGRAMA AJURIA

Argumento de la película de dicho título

Con esta novela se regala la postal-fotografía de
EMILIO CHIONE

Estos son los tiempos de la velocidad. Y los laureles corresponden invariablemente a los que «baten los records».

Mientras que los trabajadores lentos pero afanosos, que son esclavos de la tarea, pasan inadvertidos para la mayoría de la gente.

Hasta que un maniático de la velocidad, que pasa raudo en una nube de polvo, es detenido por algún pesado hipopótamo, vulgo camión.

Y el «chauffeur» del coche que trabaja suele exclamar:

—¿Por qué tanta prisa? ¿Por qué ese orgullo del automóvil en tragarse kilómetros como un loco desdeñando a su encuentro al camión prudente y servicial?

Patrick Murran, Presidente de la Compañía de los Automóviles Pakro y conocido con el irreverente mote de «el viejo Pat», era un defensor inmovible del trabajo prosáico, y habiendo alcanzado un éxito completo como fabricante de automóviles de lujo y una fortunita no menos decente, soñaba con dar a sus camiones la misma popularidad que tenían sus carruajes de lujo.

Contra su voluntad, el viejo Pat se veía arrastrado a tomar parte, con sus autos, en las carreras.

Pero el desprecio del viejo hacia los coches de carrera no era compartido por su hija Virginia, una primorosa joven con un corazón tan hermoso como su rostro, que lo era mucho.

Padre e hija asistían en un palco a las carreras más importantes de aquella temporada, y junto a ellos se hallaba Brenton Harding, gerente de Pakro, quien esperaba tener el honor de emparentar con el viejo Pat, por medio de su hija.

Virginia se mostraba indiferente a las atenciones de Brenton y sus lindos ojos sólo estaban atentos a las carreras... a un coche que volaba... al temerario corredor que lo conducía.

Los aplausos que, según las peripecias del concurso, el público prodigaba a los probables vencedores, molestaban sobremedida al viejo Pat, quien no pudo aguantarse una vez y dijo:

—Aplauden a esas maquinillas de lujo, que no son más que juguetes, y en cambio, no prestan ninguna atención a los camiones, que son como herramientas de trabajo.

—Sin ellos no conoceríamos la emoción de la victoria y de la derrota, papá.

—Nada, niña, nada: ¡el camión es el amo por derecho propio, ha de serlo, lo será! O yo pierdo el nombre o obligaré a esos mequetrefes insignificantes a que se quiten el sombrero ante mis camiones Pakro.

—¡Bravo, bravo!—prorrumpió Virginia, que no escuchaba a su padre—Dusty ganó, papá... ¡Dusty ganó con tu automóvil!

—Me alegro... pero no importa... lo dicho queda en pie.

Virginia estaba contentísima; no le quitaba ojo al corredor que se clasificó en primer lugar en la carrera, y anhelaba felicitarlo.

Brenton, al contrario, considerándose desdeñado definitivamente por la hija de su principal, veía por sus propios ojos la causa de ello, pues fácil era comprender que a quien ella miraba con admiración era al deportista Dusty, el cual con rostro risueño se acercaba al palco que ellos ocupaban.

La gente al pasar Dusty por la pista, lo aclamaba y la ovación llenaba de gozo el alma de Virginia, ante la popularidad del corredor.

Al fin—después de un siglo de espera para Virginia—presentóse Dusty en el palco para

dar la enhorabuena por el éxito a su principal y recibirla al mismo tiempo de su parte.

Brenton saludó al ganador friamente; el viejo Pat, algo reservado, pero Virginia, entusiasmada, estrechó las manos de Dusty con calurosas felicitaciones.

Dusty no se atrevía a dar las manos a su linda admiradora, pues las tenía exageradamente sucias, así como su cara, mas ella prefirió sacrificar sus guantes níveos antes que renunciar al placer de sentir el contacto amoroso de su gentil automovilista.

—¿Lo ve usted, Virginia?—le dijo él apesadado—¡La manché!

—No importa, Dusty. Así tendrán un lavado y un planchado más.

—Es usted una criatura angelical.

—Y usted un demonio... corriendo, se entiende...

* *

Después de la carrera, el auto de Dusty, demasiado delicado para andar por las calles, era remolcado por un camión hacia el garage.

El viejo Pat iba en un coche de lujo con Brenton, y al ver aquello dijo a éste:

—Ahí está un ejemplo magnífico de mi teoría. Sin un humilde remolcador ¿qué sería de ese espléndido auto de carrera?

—En efecto, tiene usted razón, señor Murrin—respondió Brenton.

—Pat, entonces, se acercó al conductor del camión y, haciéndolo detener, le propuso:

—Le daré veinticinco dólares con tal de que remolque esa máquina inútil por las calles de la parte comercial de la ciudad.

—No tengo ningún inconveniente en ello, señor—aceptó el *chauffeur*—. Vengan los 25 dólares y puede usted seguirme si gusta para contemplar el paseo que me voy a dar por las vías más populares.

—Tenga; y no le sigo, pero procure que yo le vea de vez en cuando por la calle del salón de venta Pakro, ¿entendido?

—Al pelo, señor.

Satisfecho, Pat gozaba viendo cómo el camión arrastraba hacia los barrios de negocios al ovacionado automóvil, reducido a la obediencia, por travieso, por un vehículo sensato.

Al día siguiente, el viejo Pat, olvidadas ya las carreras, se extasiaba en la contemplación de su nuevo modelo de camiones.

—Cargaré sus cinco toneladas todos los días, sea cual fuere el tiempo... ¡Yo les enseñaré a los de la Compañía de Riegos de Cabrillo lo que es un camión de veras!—opinaba ufano de su material.

Y, después de una pausa para dar algunas chupadas a su cigarro, proseguía:

—Es el mejor motor, y el más rápido. Se garantizan una barbaridad de millas por hora.

Con la sola idea de su camión extraordinario en la cabeza, Pat entró a su despacho y en él se paseaba nerviosamente, buscando en espíritu una fórmula sorprendente para vender camiones como si fueran cacahuètes.

Entretanto, Brenton, recibía esta carta dirigida a la Sociedad:

...Por lo que se refiere a la probable venta de cincuenta camiones destinados a nuestros trabajos de refuerzo en el dique del pantano

de Cabrillo, sentimos manifestarle que, como es un trabajo que exige mucha premura, no podemos hacer la experiencia con un modelo de camiones que apenas si ha sido probado y que no es muy conocido en el mercado.

De usted atto. y S. S.

*J. P. Arnold
Presidente de la Compañía de
Riegos de Cabrillo*

Brenton, al ir a comunicar la desagradable carta al viejo Pat, se vió detenido por el meritorio, Mickey, un entusiasta de los campeones de la velocidad.

—¡Aprieta! Ahí está el tipo que ganó la carrera de ayer—dijo el muchacho al aparecer frente al establecimiento Dusty— ¡Y la señorita del principal lo acompaña!

Frució el ceño Brenton ante ello y ordenó a Mickey—cuyos deseos hubieran sido levantar en hombros a Dusty por haber ganado la copa de honor:

—Anda, ve a decir al señor Murrán que venga.

Mickey fué a dar el recado al principal, pero éste, desdeñando a Dusty y a todos los correedores en general, contestó:

—Si ese loco quiere hablarme, que entre, y si el señor Brenton tiene algo que decirme, dile que aquí lo espero.

Marchóse Mickey descorazonado por Dusty, y al volverse a hallar solo, el viejo Pat, mordiéndolo su cigarro, machacó:

—¡Velocidad, emoción, eso es lo que quieren a todas horas!... El mundo está patas arriba... Todo entusiasmo, menos lo que sea práctico.

Dusty, en la calle, decía a Virginia:

—¿Cuándo podremos comenzar a decir «nuestro» auto? ¿Cuándo me dirás que vamos a casarnos...?

—Cuando papá lo autorice.

—Me parece que eso va a ser algo largo... Sí, porque cada vez que le veo, tu papá se pone a hablar de «trabajo útil» y de camiones... y me mira en los ojos como si quisiera leer en su fondo que yo ni sirvo para lo primero, ni me gustan los segundos.

—Es que, después de mí, sus camiones es lo que más quiere en el mundo.

—Pues ahora mismo voy a pedirle que dé su consentimiento.

—Procura caerle en gracia.

—Lo haré... y también procuraré que, en caso de disgusto, no se me caiga encima a mí para arrojarme debajo de un camión.

Dusty entró en el establecimiento y mientras hablaba con Mickey—quien a todo coste quería estrecharle la mano— Brenton había dado a leer al viejo Pat la carta de la Compañía de Riegos de Cabrillo, y Pat se puso muy furioso:

—¿Conque, no es «muy conocido», eh? Pues yo se los daré a conocer, demonio. ¡Yo haré que se descubran y se queden boquiabiertos ante el mejor camión que haya salido por esas calles...! Puede usted retirarse, Brenton... Luego lo mandaré llamar.

Al ver salir a éste, Dusty fué a preguntarle:

—¿Está de buen humor hoy el señor Murrán?

Brenton, faltando, con mala intención, a la verdad, repuso:

—Como una sedita.

—Gracias... Entonces, adelante.

Y Dusty, decidido, empujó la puerta del gabinete de trabajo de su futuro suegro, pensando para infundirse a sí mismo valor, en el alma heroica que tenía Rouget de Lisle, el inmortal autor de La Marsellesa (que en paz descansa. Amen.)

—¿Qué desea, Dusty? ^{*}^{*} Dígalo usted pronto que mis minutos están contados.

—Por favor, señor Murrán. ¡Siéntese!

Yo, cuando corro, es en el autódromo.

—¿Qué cosa tiene usted interesante a comunicarme?

—Es un asunto muy grave.

—Desembuche y acabaremos antes.

—A fe de corredor que soy que a usted no hay quien le gane... a aprovechar el tiempo.

—Es mi carácter... Pero, con todo eso, sigo en ayunas de sus noticias.

—Al grano voy... Se me perdió un alfiler en el granero... y sólo una persona puede ayudarme a encontrarla.

—¿Qué quiere decir esta canción?

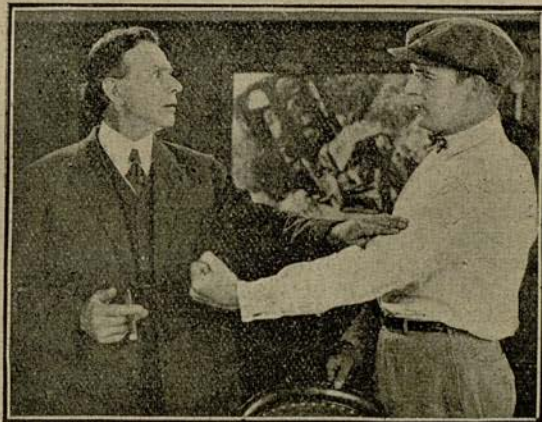
—El alfiler es mi felicidad... el granero... es Virginia... y mi salvador, usted, señor Murrán.

—¿Me está usted pidiendo la mano de mi hija?

—Eso mismo... Virginia y yo queremos que consienta usted en nuestro casamiento.

—Debía de haber temido su audacia. ¡Pues no señor! No consiento en ello... Mi hija se casará con un trabajador... con un hombre que tenga un empleo más útil que correr en automóvil, como alma que lleva el diablo.

—¿De modo que usted cree que no soy un trabajador? Pues bien, yo le demostraré que se equivoca... ¡Buscaré empleo como picapedrero...! Permítame que me quite la americana... y haga el favor de comprobar si tengo o no biceps para cualquier labor manual. Toque, hombre, toque...



—...Toque, hombre, toque...

—Ya... ya veo... Y, ¿de veras quiere trabajar en serio? Bueno, dejemos a un lado el asunto por el que usted ha venido a verme, y ocupémonos de otro, del cual depende aquél. ¿Quiere usted un empleo bien remunerado?

—¡Hechol!

—Pues bien, le encargo de la propaganda de

mis camiones... para que los anuncie, para que los haga conocer del público.

—Encantado.

—Interesa que empiece usted cuanto antes.

—Cuando guste.

—Mañana mismo.

—De acuerdo. Mañana temprano estaré en mi nuevo empleo.

—Sí usted se porta bien, no se quejará de mí, palabra.

—Haré cuanto pueda por complacer a usted. Hasta mañana, pues.

—Hasta mañana.

Dusty se vistió la americana y salió del despacho del viejo Pat. Brenton sonreía pensando tal vez en el escándalo que debía de haber recibido el joven del principal, cuya luna estaba totalmente salpicada de malhumor.

Dusty le dijo, guardándose el recuerdo de la antipatía que hacia él le adivinaba:

—Era cierto... El señor Murrán estaba como una sedita... Pero, amigo, nada asusta a un buen sastre.

Y salió a la calle.

Virginia, que lo esperaba, le preguntaba con los ojos el resultado de su entrevista con papá.

—Ya te contaré, queridita; es original.

—¿Subimos en el coche?

—No... en el auto, no: esto se acabó.

—¿Qué?

—De lince quedo reducido a tortuga.

—Y eso ¿por qué?

—Porque así le voy a ser simpático a tu papá.

—Pero ¿qué es lo que vas a hacer?

—¿Guiar camiones?

—No me hagas reír...

—Eso es, riete encima.

—¿Qué cosas tienes, Dusty!

—Las de tu papá, hijita.

—¿Qué dirá de ti la gente!

—Lo que le cuadre... Lo que me interesa es lo que puedas decir tú.

—Yo... ¡sombreada de tu prueba de amor!

—Pues entonces, estoy radiante de gozo de ser tortuga... ¿Vamos a dar una vueltecita en mi nuevo auto de lujo?

—¿Por qué no? La mujer debe seguir al hombre... vaya a donde vaya.

—La mujer, sí... por obligación; pero la novia...

—Deja que me considere ya un poco ligada a tí.

—¡Ay prenda mía, si tú quisieras me dejaba atar de piés a cabeza a tu cuerpecito serrano! ¡Ya ves si me gustaría la aproximación!...

El vehículo gigante se codeaba tranquilamente con toda clase de carruajes, llamando la atención.

Entretanto, las tormentas de las montañas amenazaban seriamente al dique de Cabrillo, debilitado por la edad, y en las oficinas de la Compañía de Riegos, el gerente recibía instrucciones apresuradas y urgentes del Presidente, señor Arnold.

—Ahora que ha empezado la temporada de lluvias, es preciso que se activen los trabajos de reparación del dique. De lo contrario, se derrumbará... y eso significa, un peligro enor-

me para los habitantes de la parte baja del valle, y la ruina de nuestra Compañía.

—Pero si no pueden hacerse subir los materiales a través de aquellos caminos de cabras. El lado tiene media vara de alto...

—No hay más remedio que comprar camiones que puedan pasar por allí.

—Sí, ¿pero cuáles?

El Presidente y el gerente de la Compañía hacían comparaciones de ofertas de camiones recibidas, y ninguna les satisfacía plenamente.

Dusty no comparaba, precisamente, pero era comparado por los transeúntes del Boulevard de Wilshire, exclusivamente reservado para paseo de coches, y cuyo luciente pavimento no había sido profanado jamás por las vulgares ruedas de un vehículo de comercio.

Unos policías en motocicleta hicieron detener el camión.

—¿Qué está haciendo con ese hipopótamo en este paseo?—preguntó uno de ellos a Dusty, quien tomando la cosa a risa, contestó:

—¡Fijese usted bien, hombre! Este es un carruaje de lujo. La prueba es que llevo en él a esta señorita...

—Nada, nada; me tendrá que acompañar a la comisaría y dejar en paz, si no quiere usted que también ella vaya, a esa señorita...

—Pero hombre...

—¡Ala, hop, a la comil

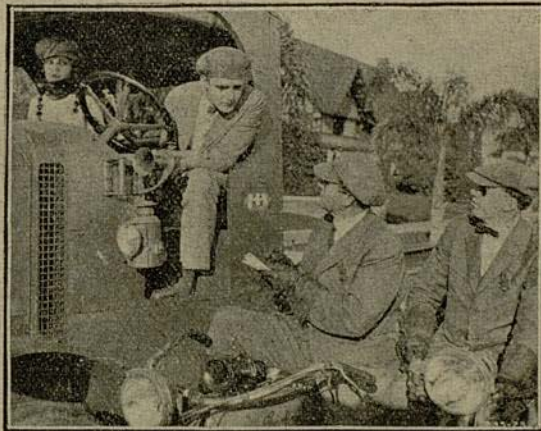
Dusty obedeció, que no otra cosa le quedaba hacer, y Virginia, para no aparecer complicada en el asunto, se despidió cariacontecida de su novio.

—Ve, Virginia, y dile a tu padre que me van

a oír en la Comisaría y que mis gritos van a encontrar eco en la prensa.

Virginia fué a contarle al viejo Pat la odisea de sus camiones, y éste se frotó las manos satisfecho.

—¡Magnífico!—exclamó—. Artículos de esos en los periódicos es lo que conviene para que



—... me tendrá que acompañar a la comisaría...

la Compañía de Cabrillo se convenza de que mis camiones son los más conocidos del mundo.

En la comisaría, Dusty no obtenía el éxito que esperaba, pues después de mucho hablar, interrumpióle el comisario:

—Ahora, joven, si ya terminó su discurso



—¿Lo ve usted, Virginia? ¡La manché!

permítame que le diga dos palabras: o veinticinco dólares de multa o veinticinco días de cárcel.

—¿Quién, yo? ¡Pues no es usted poco fresco!

—¡Cien dólares de multa por falta de respeto a la autoridad!

—¿De modo que he de pagar cientoveinticinco dólares? Está bien... Tome usted y...

—¡Basta ya! Guarde para sus bolsillos sus comentarios si no quiere que la broma le cueste cara.

Dusty se inclinó ante la autoridad y, en la calle, murmuró:

—¡Pues si que así y todo me salió baratita la excentricidad por los fueros de los camiones del viejo suegro!

Buscando un medio de acreditar sus vehículos de trabajo, el padre de Virginia adoptó una idea:

—Ya sé lo que voy a hacer. Regalaré a los niños asilados de esta población el mayor árbol de Navidad que se haya visto... y lo traeré en un camión Pakro desde lo alto de las montañas. Y esta misma noche saldré a buscar el árbol. Estaré ausente de tres a cuatro días—informó a Brenton.

El Presidente y el gerente de la Compañía de Riegos de Cabrillo, en vista de la inminencia del peligro en que estaba el dique, redoblaron sus combinaciones para vencer las dificultades surgidas y el primero continuaba en busca de camiones que fueran dignos de confianza.

Virginia marchó con su padre al monte, instalándose ambos en el valle donde acampaban los obreros de la Compañía de Riegos, pues

sólo había ido allí para demostrar a los ingenieros que el camión Pakro era único en su clase.

Al día siguiente, surgió en los periódicos la «historia» de Dusty, que el viejo Pat y Virginia esperaban con ansiedad recibir por la diligencia, la cual no se hizo esperar mucho.

En posesión de los rotativos, el viejo Pat buscó el artículo que le interesaba... pero sufrió una decepción al leer que por infracción del reglamento sobre la circulación de vehículos, y por desacato a la autoridad, se había impuesto una multa a Dusty, sin mencionar el nombre Pakro ni por milagro.

Por tal razón, el viejo, desilusionado, comentó con enfado:

—Pero esto tal como está, no lo lee nadie, y además no dice ni una palabra de la marca de mis camiones. Nadie se fija en un camión a menos que le pase por encima...

En la ciudad, Dusty se enteraba con sorpresa de la marcha del viejo Pat con Virginia a la montaña.

Brenton, que también había leído, tras ansiosa espera, el articulito comprometedor, dijo, en son de burla, a Dusty:

—De buena se ha escapado usted, amigo. Un poco más... y lo meten en la cárcel... Es cosa seria que induce a la risa.

—¡Pues no hay que reirse! Esto vale ciento-veinticinco dólares.

—Carísimo es, entonces...

—Pero la reclamación saldrá con letras enormes en los diarios de la tarde... y ya veremos si no da el golpe el anuncio...

Sin perder minuto, Dusty plantó a Brenton y, con toda confianza, llevó su cuento a los diarios de la tarde.

Conocía a los redactores de los periódicos y en las oficinas él entraba como Pedro por su casa.

Uno de los periodistas, al verle, le cogió del brazo diciéndole a la par:

—Usted es precisamente la persona a quien andaba yo buscando... ¿Por qué no ha registrado usted su auto entre los que tomarán parte en las carreras de Navidad?

—¿Por qué tanta prisa? Si habrá tiempo para todo...—disculpóse él, que no quería confesar de pleno que por el amor de una mujer sucumbía a la obcecación del suegro—. Por ahora—añadió—, si queréis escucharme, tengo una historia estupenda respecto a un camión...

—¿Un camión?

—¿Qué le ha pasado a ese camión, vamos a ver!

—Tengo un lío con la policía... Esta mañana se ha metido conmigo y...

—¡Ah, ya sé!—le interrumpió el jefe—¡Bah! una locura tuya. ¡A ver quién te hace meter a tí en camisas de once varas, hombre!

—Quise probar, sabéis, esos camiones... y, lo que ahora deseo, es que me ayudéis a anular el mal efecto que ha producido el artículo de la comisaría. ¿Con qué cara me presento yo a mi principal? ¡Eh!... pero... ¿no me escucháis?

En efecto, uno a uno habían ido desapareciendo los periodistas reintegrándose a su respectivo trabajo... aburridos por el cuento de la *tortuga ambulante*.

El jefe, prometiéndole el oro y el moro, se lo quitó también de encima: para que Dusty se fuera con la música a otra parte.

El viejo Pat buscaba en el monte el árbol coloso destinado a regocijar a los chiquillos de Los Angeles en Navidad.

Mientras, en la ciudad, Dusty se lamentaba de que su nuevo empleo le impidiera tomar parte en las carreras.

En una encrucijada, Dusty vió a dos agentes de la policía que perseguían, sudando tinta, a un automóvil que desacataba con descaro las ordenanzas municipales.

Desanimados, los policías se detuvieron cerca del auto de Dusty, y como éste les pidiera informes de lo que ocurría, le dijeron:

—¡Bah! Con esta colección de hierros viejos, no podría alcanzar ni a un Ford reumático.

—¿Podrían alcanzar a ese auto con un coche como el mío?

—¡Con este, ya lo creo! Denos la oportunidad y verá.

—Aquí lo tienen... Es un Pakro... Podrán devolverlo al garage Pakro.

—Muchas gracias.

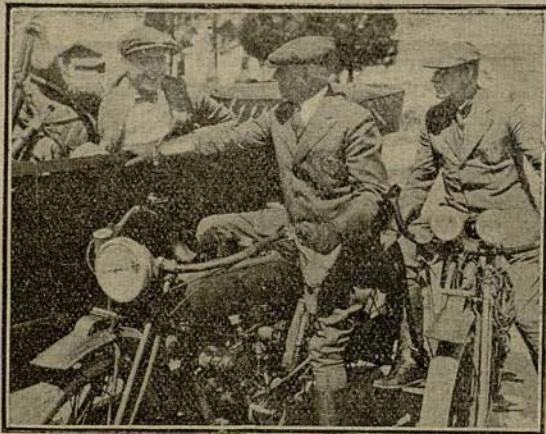
Dusty había hecho el préstamo de su coche con una intención determinada, que se hablase de los autos Pakro, pues seguro estaba de que los agentes del orden público alcanzarían al coche en delito.

Y su deseo fué colmado con un anuncio en los diarios, que él supo arrancar de la autoridad.

Habiendo encontrado el árbol que le conve-

nía, el viejo Pat regresaba con su hija a Los Angeles para prepararlo todo al objeto de facilitar la entrada del hijo de las montañas en la ciudad.

—Tenemos que ir más de prisa para llegar a casa a la hora de comer — dijo Virginia a su padre.



—¿Podrían alcanzar a ese auto con un coche como el mío?

—No te apures, que tiempo habrá para todo... Ya sabes que si es preciso mi coche vuela.

—Así me gusta. ¡Vaya una velocidad! Pero... mira, papá, nos persiguen.

—¡La policía! Si lo que quiere es correr... correrá.

El señor Murran redobló la marcha del auto, pero fué por demás pues la policía corría tanto como él y lo fastidió cortándole el paso.

¡Y grande fué el asombro del viejo Pat al ver que el auto de los perseguidores era un Pakro!...

Dusty dió a leer a Brenton el artículo publicado por los periódicos referente al servicio prestado por los Pakro a la policía, y el segundo, gozándose en llevar la contraria al preferido de Virginia, y con motivo para darle un susto, enterado de lo que le había ocurrido al principal con la policía, le manijestó:

—Aquí no hay una palabra respecto a los camiones... que es lo que interesa dar a conocer, amigo.

—¿Por qué tanta prisa? — repuso Dusty — Todo a su tiempo... Por de pronto, aquí tenemos a la compañía Pakro ayudando a las autoridades. Algo es algo.

—Eso es—añadió Brenton decidido a dar la puntilla a Dusty — El señor Murran acaba de ser detenido por excederse en la velocidad. Lo alcanzó uno de los guardias que iba en un Pakro.

—¡Ay, ay! ¿Y que le harán?

—Probablemente lo meterán en la cárcel por diez días. Pero eso no es nada en comparación con lo que le dará él a usted.

Nervioso como se supone, aguardó Dusty el entrevistarse con el viejo Pat.

Al llegar ese temido momento, Dusty recibió lo suyo:

—De milagro he podido librarme de diez días de cárcel, por culpa de usted. Yo le págó

para que dé publicidad y reclamo a mis camiones y no para que acredite a los guardias del orden público...

Dusty no pudo sufrir la humillación y le soltó la dimisión al viejo:

—Bueno, pues renuncio.

—¿Renuncia? ¡Qué gracioso! Hace rato que está usted despedido.

Dusty, quemadísimo, se marchó, pero antes tuvo, a solas, unas palabras con Virginia, que también le recriminó su hazaña.

—Si no hubieras prestado esos coches a la policía, papá no habría sido detenido. Tú tienes la culpa de todo.

—Eso es; sólo faltaba que hasta mi novia me abandonase en un inconsciente mal paso...

* * *

No estando ya al servicio del viejo Pat, Dusty se consideraba en libertad para tomar parte en las carreras de Navidad y, al efecto registró su coche.

Virginia y su padre volvieron a su casa de campo, cerca de Cabrillo, para pasar la Navidad, e invitaron a varios amigos. La víspera de la fiesta el señor Murran quería transportar en un camión Pakro conducido por él mismo, el árbol grandioso para los niños de Los Angeles.

Virginia, reconciliándose por teléfono con Dusty, le invitó a ir a verla en la aludida casa de campo, pero se enojaron ambos de nuevo al contestar él que le era imposible aceptar por tener que tomar parte en las próximas carreras.

Con una fe sublime, el viejo Pat, después de obtener una victoria con su camión sobre las

carreteras de la montaña, llamaba poderosamente la atención de la gente circulando por la ciudad llevando el vehículo a cuestras el pesado árbol.

El Presidente y el Director de la Compañía de Riegos de Cabrillo, presenciaron, detrás de los cristales de un balcón, la original propaganda



—...Yo le pago para que dé publicidad y reclamo a mis camiones y no para que...

de los camiones Pakro y parecían inclinarse favorablemente a ellos.

Dusty, oculto entre la muchedumbre, admiraba la confianza de su ex principal en sus fabricaciones...

Y, cuando mayor era el triunfo, el camión flaqueó rompiéndose un eje.

Rióse la plebe y, trémulo de emoción, el viejo Pat lamentóse:

—Cuando un auto de carrera sufre un accidente, la gente aplaude; pero cuando un honrado camión, que trabaja sin descanso, tiene una falta minúscula, todo el mundo lo critica... ¡Bah!

El árbol gigante, transportado con tanta ilusión, tuvo que ser cortado para descongestionar el tráfico, y el pobre señor Murran exclamó apenado:

—¡Allá va el árbol...! ¡Condenada suerte!

Dusty, sinceramente entristecido, acercóse al padre de su novia:

—No se atormente usted... La idea fué magnífica y lo peor de la prueba salió bien.

Pero los de la Compañía de Cabrillo no estaban convencidos de la super-excelencia de los camiones Pakro...

Al día siguiente debía celebrarse la gran carrera de Navidad.

En Cabrillo, donde la tormenta amenazaba derrumbar definitivamente el dique, los trabajadores luchaban febrilmente contra los elementos.

No había más recurso para salvar el dique y el valle, que dar con dinamita, una salida a las aguas por la parte del antiguo cauce.

Pero no quedaba ya ni un cartucho de pólvora y sólo restaba, como último sacrificio, que libertar el agua a fuerza de excavar.

El ingeniero que dirigía las obras intentó telefonar al presidente Arnold y un cruce permitió a Brenton—quien pedía en aquel momen-

to comunicación con su principal en Cabrillo, a donde éste había marchado después de su fracaso—oír lo siguiente:

—El dique está derrumbándose y no tenemos ya materiales. Por Dios, mande lo más de prisa que pueda, cemento, arena y dinamita.

Brenton, alarmado y deseoso de prestar un señalado favor a su principal... y a la hija del mismo, yéndolos a buscar en auto, colgó el aparato y enteró a Mickey—el entusiasta de Dusty—de su inmediata partida hacia Cabrillo.

El muchacho enteró en el acto a Dusty—que se hallaba en el garage Pakro limpiando su cochecito—de lo que les podía ocurrir a Virginia y a su padre y de la súbita partida de Brenton para «hacer méritos».

Dusty reflexionó.

Un mecánico opinó:

—Vayamos en el coche de carrera.

—¡Qué coche de carrera ni qué calabazas! Aquí hace falta un «trabajador»... un camión. Llame a los muchachos mientras yo telefono a Arnold, el presidente de la Compañía en peligro—dijo Dusty.

Puesto al habla con Arnold, éste contestó a la proposición de socorro que le hizo:

—No hay camión que pase por aquellos caminos... Se ahogará todo el mundo... El dique no tardará en ceder...

—No le hace...—replicó Dusty—. Arriesgamos. Tenemos fe en los camiones, porque los conocemos bien. ¿Cuántos se pueden cargar?

—Cinco, si es posible.

—¡Cinco subirán, palabra! Le esperamos, si quiere venir con nosotros.

Así quedó convenido.

—Yo iré con usted—dijo a Dusty, Mickey.

—No, no. Esta es una tarea de hombres.

Poco después, previa y desesperadamente cargados, cinco camiones Pakro formaban la caravana de la esperanza.

Era de noche. Los ricos que regresaban del



Así quedó convenido.

teatro se preguntaban airados:

—¡Camiones en el boulevard! ¿Qué hará la policía?

En Cabrillo, los habitantes del valle fueron avisados del peligro que corrían y el pánico se sembró en todos los hogares.

Un enfermo y su mujer se abrazaban fuerte-

mente para morir, si la muerte viniera, juntos, como siempre vivieron.

En la casa del viejo Pat, donde se celebraba la Nochebuena con gran regocijo de grandes y pequeños, y de aquél—que a pesar de su tristeza por el fiasco con el árbol se había transformado en «papá Noël» con luengas barbas



En la casa del viejo Pat también llegó la grave noticia.

blancas para regalar juguetes a un nietecito— también llegó la grave noticia.

Y todos se fugaron en autos. La inundación se avecinaba...

Después de una ^{*}^{*}^{*}marcha sin interrupción, a través de la noche, la caravana de Dusty ascendía valle arriba.

Mickey—que iba de contrabando—fué descubierto y perdonada su audacia por la fiebre que tenía por asistir al triunfo de la idea de Dusty.

El peligro era cada vez más inminente.

La tempestad arreciaba.

Los trabajadores perdían toda esperanza.

La muerte zumbaba sus oídos.

Brenton estaba en el valle pero una de las ruedas de su auto fueron apresadas por el lodo y era imposible libertar el coche. En tal circunstancia, olvidó su misión al verse casi irremisiblemente perdido.

Al ir a retroceder, a pie, los cinco camiones aparecieron.

Celoso de Dusty, Brenton se apresuró a intentar el desbaratamiento de sus planes:

—¡El dique se viene abajo! Hay que dar media vuelta y huir de aquí a toda costa.

—¿Quieres salvar tu pellejo, cobardón, eh? Pues ahora verás... te llevaremos con nosotros —le contestó Dusty obligándole a subir en su camión.

El viejo Pat y Virginia — que siguiendo el ejemplo de su padre no quiso ponerse a salvo — presenciaban los inauditos esfuerzos de los trabajadores del dique—y ya casi era demasiado tarde cuando la caravana de los Pakro llegó, pues el agua empezaba a desbordar.

Dusty arriesgó el último recurso: empotrar el camión cargado de cemento en el punto de ruptura del dique.

Cuerpo y alma pusieron todos por vencer con los elementos aportados por los camiones.

El viejo Pat no volvía de su asombro al ver que los camiones eran de su marca.

Y menos aun al enterarse de quien había sido el héroe: Dusty, y lo abrazó.

Este, extenuado de cansancio, sopló:

—Palabra de honor; esta ha sido la carrera más emocionante en que haya yo tomado parte.

—Es usted un valiente, querido Dusty.

Mickey intervino:

—Y que lo diga, señor Murran... Tan valiente como el señor Brenton es cobarde. Sí, señor, no quería venir a salvarles a todos.

—Pues que le pongan a trabajar en el dique, para que aprenda.

Así lo hicieron varios obreros, con gran desesperación del castigado que tuvo que obedecer.

Virginia, cuyo corazón palpitaba, cogió del brazo a Dusty y se apartó con él de los demás. ¡Estaba admirada! ¡Si osara lo besaría! Pero se contentó con entregarse a sus abrazos soñando con la dicha que él le daría.

Dusty balbució:

—Mi amor, te gané arriesgando mi vida...

Y ella:

—Tuya seré con idolatría...

Mickey se tapaba los ojos...

Arnold hablaba, entretanto, con el viejo Pat:

—Quiero hacer el pedido de camiones, antes de que la gente se entere de lo que ha pasado y se acumulen otros pedidos de todas partes.

—Contentísimo, Arnold, de haberle dado este ejemplo.

—También quisiera que ese joven, Dusty, vigilara los trabajos... Es muy enérgico...

El viejo Pat, mordiéndose, satisfecho como nunca, un cigarro, manifestó a su cliente:

—Lo de los pedidos está muy bien. En cuanto a Dusty, no puedo cedérselo, porque desde ahora es mi nuevo gerente general.

—¡Ahl

—Y creo que, además... mi yerno. Sí... lo andaba buscando y ese... ese llega a todas partes.

Y Mickey seguía cubriéndose el rostro... para no ruborizarse...

FIN

(Prohibida la reproducción)

Este número ha sido sometido a la previa censura militar.

PRÓXIMO NÚMERO
EXTRAORDINARIO

Sábado, 26 de Julio.

La Casa en la Selva

Estupenda producción en la que rayan a sin rival altura MISS SYLVIA GRAY y el eminente JEAN ANGELO

64 páginas :: :: Profusión de fotografías

Postal-fotografía: MARIE OSBORNE

Sábado, 26 de Julio.

Precio excepcional: 50 céntimos.

La Novela Semanal Cinematográfica

Se vende en todas las regiones de España